

Tirant, 16 (2013), pp. 255-278

ISSN: 1579-7422

La antroponimia caballeresca a la luz de la onomástica literaria medieval y áurea (de la lírica popular a Gracián). Un estado de la cuestión

María Coduras Bruna
(Universidad de Zaragoza)

RESUMEN

La antroponimia caballeresca ha sido asunto escasamente atendido por la crítica. Si se han acometido estudios que se ocupaban, fundamentalmente, de la antroponimia pastoril, quijotesca y la propia del teatro áureo, entre otros, pero ningún trabajo de conjunto dedicado al ámbito caballeresco. El presente trabajo pretende ofrecer una imagen de la antroponimia de los libros de caballerías a la luz de la propia de otros géneros literarios de la Edad Media y el Siglo de Oro, con el fin de brindar una serie de similitudes y contrastes entre ellas.

PALABRAS CLAVE

Antroponimia, libros de caballerías, romance, literatura medieval, literatura áurea.

ABSTRACT

The chivalric anthroponomy has been poorly studied by the critics. There have been published different studies about pastoral, quixotic and Golden Age theatre anthroponomy, among others, but anything systematic about the chivalric genre. This pages aims to provide an outlook of the chivalric anthroponomy in connection with other literary genres of the Middle Ages and the Golden Age, in order to offer some similarities and contrasts.

KEYWORDS

Anthroponomy, Chivalric romance, romance, Medieval literature, Golden Age literature.

El nombre propio (NP), la identidad, es consustancial al género humano desde la antigüedad hasta nuestros días. Si bien los esquemas varían con los siglos y con las culturas, el hombre siempre ha tenido que construirse una identidad. Este asunto trasciende la realidad y llega a la literatura puesto que el autor también bautiza a sus personajes a través de la elección o creación de nombres

rara vez inocentes o gratuitos, especialmente cuando esta se produce en contextos determinados, en géneros o épocas en los que existe un código, un modelo o una estructura muy marcados, como sucede con la literatura medieval y áurea, en la que se encuadran los libros de caballerías, sobre los que recaerá nuestra atención, tomando como base el ciclo amadisiano que estudié en mi tesis doctoral (2013).

Algunos son los estudios onomásticos que se han emprendido en el campo literario, como el aplicado a las comedias de Lope, pionero en este campo (Griswold y Tyler, 1961), de Tirso (Fernández Marcané, 1973), de Calderón (Huerta, 2002), a la novela pastoril (Iventosch, 1975) o al *Quijote* (Reyre, 1980), así como otros más aislados dedicados a la *Celestina* o al género picaresco, pero ninguno se ha llevado a cabo de manera sistemática en cuanto al género caballeresco se refiere (Marín Pina, 1990). El estudio sistemático de la antroponimia caballeresca ayudará a entender mucho mejor los textos y permitirá tender nexos de unión a través de la onomástica con otras tradiciones literarias como la artúrica, la bíblica o la troyana, así como con otros géneros de la narrativa áurea, especialmente el pastoril.

Desde la antigüedad, pasando por la Edad Media y hasta llegar al Siglo de Oro, los autores han considerado la existencia de una estrecha relación entre el nombre y el modo de actuar o comportarse. Estas creencias antroponímicas, pensemos en las teorías isidorianas o en las palabras de fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*, se complementaban con la tendencia a asociar ciertos nombres con determinados contenidos semánticos. Veamos ahora las conexiones entre la antroponimia caballeresca y la de los principales géneros literarios medievales y áureos.

Lírica popular y refranero

Uno de los géneros más estudiados, en lo que a antroponimia literaria se refiere, es el de la lírica popular y en refranero. En este sentido, Altamirano (2007) ha estudiado un total de trescientas canciones que incluyen ciento treinta y dos nombres propios, trabajando sobre el *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica* de Margik Frenk (2003), que edita materiales datados entre 1400 y 1700¹. En este caso, y al contrario de lo que sucede en el género caballeresco, el repertorio femenino es mucho más rico que el masculino (predominan María, Juana, Catalina, Teresa, Isabel, Menga y Leonor para las mujeres, y Pedro y Juan para los hombres), ya que constituye un 55,3% del total². Este dato lleva a replantearnos una circunstancia propia de la antroponimia caballeresca: los nombres propios de los personajes de los libros de caballerías no se corresponden con los que portan las personas de carne y hueso, como sí sucede con los que pueblan el refranero y la lírica popular, consignados entre paréntesis. Este hecho se debe probablemente a que los autores de los libros de caballerías no querían degradar a sus personajes sino que deseaban que el lector no estableciera ninguna conexión despectiva con la realidad (recordemos, por ejemplo, que nombres como Juan o Pedro estaban conectados con la bellaquería o la bobería, como recoge Correas en su *Vocabulario*).

1. Altamirano excluye aquellos personajes históricos o pertenecientes a los libros de caballerías, circunstancia que obstaculiza nuestro estudio, ya que su inclusión hubiera resultado de gran utilidad.

2. También Costarelli (2012) ha estudiado con detenimiento la antroponimia de la antigua lírica popular con el fin de analizar el significado connotativo de los nombres propios en el contexto verbal de sus composiciones. Por su parte, Ramírez Castañón (2010) se ha ocupado exclusivamente de la antroponimia femenina.

La presencia de antropónimos en refranes y modismos también ha sido terreno explorado. Lo fue a comienzos del siglo XX en la obra *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas* de Montoto y Rautenstrauch (1921-1922) en el que encontramos no pocos personajes literarios que se han cristalizado en expresiones del habla cotidiana. Entre ellos, algunos relacionados con la materia que nos ocupa, como ocurre con Gandalín, Agrajes, Merlín o Roldán. Un ejemplo es el de Agrajes, caballero del *Amadís de Gaula* de Rodríguez de Montalvo (“Ahora lo veredes, dijo Agrajes”, o “Agora lo veredes, dijo Agrajes con sus pajes”, que estudió Riquer, 1987), pero también “ser un Gandalín”, por escudero, criado o sirviente en general, tomando como referente al escudero de Amadís de Gaula; “Sabe más que Merlín” o “Los hijos de Merlín ignoran romance y saben latín”, en el sentido de saber más que el Diablo o de aquellas personas que presumen de poseer mucha ciencia y en cambio ignoran lo más elemental o rutinario, respectivamente; o “Como las armas de Roldán”, metafóricamente por aquello que no debe o no puede tocarse.

En la actualidad, el refranero medieval acapara la atención de Iglesias Ovejero, con múltiples estudios al respecto (1984, 1986a, 1986b, 1999). En uno de ellos, “Figuración proverbial y nivelación en los nombres propios del refranero antiguo: figuras vulgarizadas del registro culto” (1984) reconoce, entre otras, las figuras épico-novelescas, segmentadas en visigodas, francas, nacionales, musulmanas, novelescas o histórico-legendarias. Si nos centramos en las novelescas, encontramos a personajes como Merlín, que entra en los refranes como falso sabio y profeta, o parejas de amantes proverbiales como Tristán e Iseo, Flores y Blancaflor, Pierres y Magalona, Paris y Viana u Oriana y Amadís, a pesar de que la materia de Bretaña “no permiten una excesiva degradación de la imagen heroica, de tal modo que estos nombres no entran apenas en el refranero antiguo, sin que esto impida el desvío referencial hacia otros registros, o la encarnación en figuras más ancladas en la historia o la leyenda nacional” (Iglesias Ovejero, 1984: 62-63)³. Si pensamos en el *Amadís de Gaula*, encontraremos degradada la figura de Darioleta, servidora de Elisena, en territorio francés, pues el *Diccionario universal francés y español: más copioso de quantos hasta ahora se han visto* (1743) recoge la entrada “Dariolete” con la acepción de ‘criada confidente de su ama’, tal y como señaló Baret (1873), y también, como recoge Avalle-Arce, “en el siglo XVI y en Francia el gracioso y procaz señor de Brantôme, en sus *Mémoires*, usa su nombre *Dariolette* como sinónimo de puta y celestina” (Avalle-Arce, 1990: 233).

En resumen, lírica popular y refranero nos proporcionan información interesante acerca de la recepción de los textos o la popularidad de los personajes que los pueblan, así como sobre su visión o valoración por parte del pueblo, y si existe una degradación o no de los mismos, a la luz de lo que hemos observado en algunos refranes. Del mismo modo, y por contraste con el género caballeresco, observamos cómo aquí la figura femenina es de gran relevancia cuantitativamente, hecho que la aleja de las mujeres de los libros de caballerías, muchas menos en proporción numérica con respecto a los hombres, como puede comprobarse en el *Amadís de Gaula*, donde de entre los casi trescientos personajes que pueblan sus páginas portando un nombre, solo cuarenta y cinco son mujeres. Porcentaje todavía más reducido en los personajes de nueva creación de las *Sergas de Esplandián*. Esto sin contar con las diferencias en su caracterización y comportamiento, circunstancia que variará a lo largo del ciclo amadisiano, cuando Feliciano de Silva confiera una nueva y mayor relevancia cuantitativa y cualitativa a los personajes femeninos, hecho que puede

3. Cuesta Torre (1997) ha analizado la presencia de Tristán en la poesía medieval peninsular (romancero, baladas, cancionero, etc.), estudio que extendió, en el caso de la poesía de cancionero, a otros personajes artúricos (Cuesta, 1999).

entroncarse con el hibridismo genérico característico del autor y la introducción de múltiples elementos sentimentales y pastoriles.

Épica y Romancero

Uno de los campos en los que primero comenzó a abordarse el estudio de la onomástica fue la épica y el Romancero. Los tiempos, la primera mitad del siglo XX, fueron propicios y, en plena efervescencia de la exaltación de lo español y de la búsqueda de unos personajes heroicos que simbolizaran la identidad nacional, se publicaron trabajos como “Sobre los nombres épicos” de García Blanco (1934). Este fue pionero en la búsqueda de personas de existencia real con nombres como Roldán, Artur o Maynete entre los siglos XII y XIII en la documentación del Archivo de Salamanca, línea de trabajo que ha ido ofreciendo diferentes hallazgos a lo largo del tiempo, como los aportados por Tibau (1992) o Hook (1996).

Los estudios dedicados a la antroponimia en la épica y el Romancero han ido apareciendo de forma sostenida hasta nuestros días. Pueden citarse los trabajos de Aebischer “Un cas du couple Roland-Olivier dans una charte de San Cugat del Vallés” (1953) que da muestra, a través de un ejemplo, de la tendencia a llamar a hermanos o gemelos Roland y Olivier⁴, o “L’entrée de Roland et d’Olivier dans le vocabulaire onomastique de la Marca Hispánica d’après le *Liber Feudorum Maior* et d’autres recueils de chartes catalanes et françaises” (1955-1956), en ese mismo sentido. También Riquer, en “Bavioca, caballo del Cid y Bauçan, caballo de Guillaume d’Orange” (1953), en la búsqueda de las relaciones entre el cantar castellano y las *chansons de geste* francesas, establece una relación entre Bavioca y Bauçan, caballo de Guillaume d’Orange, por una incorrecta interpretación del término *bausán* como ‘necio, bobo’ (y no ‘tordillo’ como debiera ser), sinónimo de *bavioca* en la lengua castellana⁵. En la misma línea, Aubrun, en “Gaiferos, Calainos, Almenique et autres noms bizarres du romancero” (1958), intenta encontrar el origen de estos extraños antropónimos.

Por su parte, Aguirre, en “El nombre propio como fórmula oral en el *Cantar de Mío Cid*” (1981), se interesa por cuestiones métricas y esquemas formularios de la épica oral. Algunos de estos asuntos rítmicos todavía están presentes en los libros de caballerías a pesar de estar escritos en prosa, como pude observar en las *Sergas de Esplandián* de Rodríguez de Montalvo y en el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva (Coduras, 2009).

Estos trabajos centrados en obras concretas fueron a la par con otros que, a mediados del siglo veinte y en la década de los sesenta, buscaban los orígenes y raíces de la antroponimia primitiva hispánica desde tiempos prerromanos. Albertos es buena muestra de ello, con estudios como “La antroponimia hispánica y *La composición en los nombres personales galos* según K. H. Schmidt” (1960) o “Nuevos antropónimos hispánicos” (1964).

De nuevo, estos trabajos nos proporcionan abundante información acerca de la recepción de los textos y sus personajes, incluso en la antroponimia real, así como de sus posibles fuentes lite-

4. Considérese en este mismo sentido el refrán “Un Roldán por un Oliveros”, pareja afín e inseparable, recogido por Montoto, citado “en el Dic. de ideas afines, equivale a las frases: Ojo por ojo y diente por diente. – Golpe por golpe. – Herir por los mismos filos” (Montoto y Rautenstrauch, 1921-1922: 330). Rosellini (1958) ha informado de la presencia de la onomástica épica francesa en la Italia medieval, algunos de cuyos antropónimos se corresponden con los mismos que llegaron a la Península y se asentaron de manera notable: Blanche fleur, Ogier u Olivier.

5. Curioso es, también, el caso de Bucéfalo, caballo de Alejandro Magno, ya que los caballos flacos son llamados en rumano bucipali (Riquer, 1953: 130).

rarias. Sin embargo, no hay que olvidar otro asunto reseñable que nos brinda la épica y el Romancero, como es el de la conversión de un objeto en un personaje, del que no he hallado ningún caso en el ciclo amadisiano, pero sí en algún otro texto caballeresco como ocurre con la espada Durandarte. En principio, Durandarte es el nombre de la famosa espada de Roldán, si bien luego el mismo nombre se convierte en antropónimo e identifica a un caballero, símbolo del perfecto enamorado en romances como “-Durandarte, Durandarte, buen caballero probado”, “¡Oh Belerma, oh Belerma!, por mi mal fuiste engendrada”, “Muerto yace Durandarte debajo de una verde haya” o “Muerto queda Durandarte al pie de una gran montaña” (Alcina, 1971: 279-285; Di Stefano, 1993: 207-209). Esta conversión también está presente en los libros de caballerías, es el caso de la princesa Durindana en el *Claribalte* de Fernández de Oviedo (1519) o de Duradán del Parque en el *Florambel de Lucea* (1532) de Francisco de Enciso Zárate que remiten, sin duda, a la espada o al propio antropónimo posterior. Otro fenómeno sería el de la transformación de un topónimo en antropónimo, frecuente en los libros de caballerías, como ilustra el caballero Carduel que lucha en el bando de los siete reyes contra Lisuarte en el *Amadís*, y el Carduel originario, lugar de Gales donde Arturo fija su corte; otros casos serían los de Caria o Acayo, entre otros, estos últimos relacionados, también, con el universo mitológico.

Así, la propia épica ha dejado su impronta en los libros de caballerías. Como señalan Bueno Serrano y Laspuertas Sarvisé en su edición del *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva,

La hibridación genérica característica de las novelas de caballerías favorece la incursión de rasgos estilísticos de otras formas de escritura. La deuda épica queda patente en las descripciones de batallas, en la personificación de las armas, en el uso de hipérbolos e imágenes bélicas, invocaciones a los auditores y actualizaciones ante sus ojos (*ponite ante oculos*), enumeraciones, elipsis de sustantivos y verbos, y todo tipo de recursos que buscan imprimir rapidez a las escenas acumulando acciones y personajes (AGr, ed. Bueno y Laspuertas, 2004: 1).

El Libro de Buen Amor, La Celestina y el género celestinesco

También la antroponimia en el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita ha recibido cierta atención por parte de la crítica, que se ha visto plasmada en los trabajos de Hinkle (1968), Hook (1993) o Vasvari (1988, 1995, 2012).

De otro lado, sin duda, el género celestinesco no podía quedar sin parte en este asunto. *La Celestina* ha sido objeto de estudio por parte de autores como Cherchi (1997) o Botta (2003).

En el caso del ciclo amadisiano, cabe señalar la influencia antroponímica de la *Segunda Celestina* (1534) de Feliciano de Silva en el *Amadís de Grecia* del mismo autor, con personajes como Felides, Boruca o Montón, homónimos de otros del texto caballeresco.

La antroponimia en la ficción idealista

Llegados a este punto, debemos recalcar obligatoriamente en los géneros que antes o después convivieron con los libros de caballerías, y con los que estos comparten diversas características en uno u otro sentido (Rey Hazas, 1982; Riley, 1988; Carrasco y López Estrada, 2001). Se trata de las novelas tradicionalmente asociadas al *romance*, como son la novela sentimental, la novela

pastoril, la novela bizantina y la novela morisca⁶. Si bien estas no comparten con los libros de caballerías el ingente número de personajes o la superpoblación propia del género caballeresco, sí pueden observarse ciertas similitudes en cuanto a los mecanismos de formación nominal o la etimología de una buena parte de sus antropónimos, de raíz grecolatina (o árabe en el caso de la novela morisca).

La novela sentimental

Diversos son los trabajos que, de forma más bien parcial, han hecho mención a uno u otro aspecto de la antroponimia en la novela sentimental, fundamentalmente en lo referente a la *Cárcel de amor* (1492) de Diego de San Pedro.

Deyermond (1986) vinculó los antropónimos de la *Cárcel de amor* con la tradición artúrica, por ejemplo, vio en la figura de Leriano al caballero Leriador de la *Estoire de Merlin* de la *Vulgate*. Por su parte, von Richthofen (1981) y Allaigre (1988) observaron en estos la influencia de antecedentes petrarquistas y ovidianos, mientras que Impey (1997) se centró en la etimología y el significante de estos antropónimos⁷. De hecho, este último propone para Laureola su conexión con el laurel, la aureola (diadema, esfera o círculo, es decir, corona), y el oro, elemento que la emparenta con la Oriana amadisiana: “El signo onomástico, *signum regni*, es en este caso –como en el de Oriana, cuyo nombre se relaciona en el *Amadís de Gaula* con el oro y con la *translatio regni*- perfectamente justificado” (Impey, 1997: 831).

La novela pastoril

El género bucólico y la novela pastoril española constituyen uno de los territorios más fructíferos en cuanto a bibliografía antroponímica se refiere. El principal estudio es la obra de conjunto de Iventosch, *Los nombres bucólicos en Sannazaro y la pastoral española: ensayo sobre el sentido de la bucólica en el Renacimiento* (1975), un ensayo sobre la bucólica en el Renacimiento que analiza la onomástica pastoril italo-hispánica. Iventosch estudia nombres como Selvaggio, Silvio, Fillida, Flérida, Galatea, Florenio, Rosanio o Cristalio, algunos de los cuales no distan de los caballerescos.

Declara Iventosch que, en el Renacimiento, “se creó una onomástica casi totalmente nueva para un género literario particular, el pastoril, que simultáneamente excluía por sistema las onomásticas germánica tradicional y la caballeresca de la Edad Media, así como gran número de nombres de santos y bíblicos” (Iventosch, 1975: 17). Sin embargo, a nuestro entender, esta postura no puede ser aceptada puesto que no se corresponde con la realidad. Iventosch considera la onomástica bu-

6. El término romance se encuentra lleno de controversia entre los críticos literarios, más aún en territorio español en el que a la coincidencia con la denominación “lengua romance” se une la designación de un tipo de composición poética. Deyermond (1991) lo utiliza para referirse exclusivamente a los libros de caballerías y la ficción sentimental, Riley (1990) lo extiende a toda la ficción idealista (libros de caballerías, novela pastoril, novela bizantina y novela morisca), mientras que Avallé-Arce ha propuesto *roman* para designar esta misma realidad. Sin entrar en polémicas, estoy de acuerdo en el empleo sugerido por Montaner, al que agradezco el adelanto de uno de sus trabajos, que aboga por la pertinencia de emplear el término novela para referirse al “(archi)género de la narración en prosa no necesariamente verídica”, a excepción, si se desea de la denominación “libros de caballerías”, justificada por ser nombre de época, y evitar el de “romance en su acepción inglesa, que interfiere con el uso panhispánico del mismo para referirse a una modalidad poética épico-lírica perfectamente establecida” (Montaner, en prensa).

7. Lamentablemente no hallo todavía publicado el trabajo de Blay Manzanera anunciado por Impey, “Etimología y retórica del nombre propio en la ficción sentimental española de los siglos XV y XVI” que, seguramente, hubiese proporcionado interesantes datos antroponímicos.

cólica “la auténtica onomástica del Renacimiento” en una visión reduccionista puesto que, según afirma, “todos los demás sistemas de nombres literarios están “viejos”: el histórico tradicional, el caballeresco, los nombres de los tipos de la farsa, etc.” (Iventosch, 1975: 18) cuando, realmente, muchos epígonos del género pastoril han bebido de los mecanismos de formación antroponímica de los libros de caballerías (aunque también a la inversa). Si bien este autor considera la bucólica y la caballeresca como las dos grandes nomenclaturas del Renacimiento, no comparto la jerarquía establecida ni la negación de significación de los antropónimos caballerescos pues estos poseen tanta como los otros:

Este contraste, digámoslo entre paréntesis, señala la casi total diferencia existente entre los dos grandes nomenclátor del tiempo, el caballeresco con sus multitudes de nombres sonoros y sin sentido, los *Amadises*, *Orianas*, *Brandalisas* y los demás, y el bucólico, un género nacional, opuesto, con su expresión de cualidades concretas y claramente humorísticas, sea basadas en nombres específicos de la Edad de Oro, o lo sea en la galería general de famosos del Mundo Antiguo (Iventosch, 1975: 112).

La lectura de estas líneas no hace sino evidenciar que Ivenstosh parecía conocer solo el *Amadís de Gaula* (de hecho, todos los ejemplos que ofrece están extraídos de él), cuyos antropónimos, aunque parlantes, resultan etimológicamente más oscuros, pero no el quehacer antroponímico de otros autores caballerescos que continuaron este, como Silva o Luján, o crearon otros. Su postura se explica por el desconocimiento que se tenía del género caballeresco en 1975 con apenas el *Amadís de Gaula* publicado (Gayangos, 1857; Place, 1959-69/1971). Este panorama es bien distinto al actual gracias a las ediciones promovidas por el Centro de Estudios Cervantinos, circunstancia que ha favorecido la aparición de cuantiosa bibliografía, como puede observarse en los estudios recogidos en la base de datos Clarisel. A pesar de ello, los trabajos sobre onomástica de Iventosch son enormemente valiosos aunque en este punto se muestre totalmente parcial y, en apariencia, su postura no esté exenta de prejuicios hacia el género caballeresco.

En lo que respecta al estudio de la antroponimia pastoril resulta enormemente sugerente el estudio de la *Diana* (1559) de Montemayor realizado por Géal, “Contribución a una semiología de los personajes. Algunas consideraciones onomásticas acerca de *Los siete libros de la Diana* de Montemayor” (2005), por lo que hay de paralelismo entre la onomástica pastoril y la caballeresca. La clasificación que realiza para la antroponimia pastoril es muy productiva: a) nombres en relación con una naturaleza fecunda, b) aquellos que celebran la belleza, c) el amor, d) o la felicidad, e) nombres vinculados con la razón, y f) aquellos sacados de la fábula antigua⁸. Esta misma clasificación puede aplicarse, en su mayoría, a la antroponimia caballeresca, aunque esta resulta mucho más rica y compleja y, en gran medida maniquea, dado que los significados de los nombres de los personajes se alinean en positivos y negativos, aunque existen algunos casos ambiguos o polivalentes. Por poner solo algunos ejemplos en el campo caballeresco, empleando la taxonomía de Géal, tenemos a: a) Florestán, Floriseo, Florambel, Roselao, Rosina; b) Claridoro, Cristalián, Belinfor, Estrelleta, Lindamira; c) Lidamor, Amadís, Philesbián, Filorante; d) Felixmarte, Feliseo, Felisandro; e) Minerva, Apolidón, Doroteo; y f) Elena, Agesilao, Diana, siendo los tres primeros grupos los más numerosos. La principal diferencia con la antroponimia pastoril

8. Iventosch ya había propuesto una clasificación similar anteriormente: “La onomástica pastoril tiene cuatro categorías [...]: 1) nombres “vegetales” (los más numerosos): Florianos, Rosindas, Laureanos, etc.; 2) nombres de ninfas: Dóridas, Clóridas, Amarilis, etc.; 3) nombres con raíces que sugieren la belleza humana: Clarindas, Belisardas, Clarenios, etc.; y 4) nombres alusivos a la bondad del carácter humano en la Edad de Oro (...) Dulcineo” (Iventosch, 1963-1964: 63).

reside en la gran cantidad de personajes negativos de los libros de caballerías, negatividad manifiesta en los semas de nombres propios como Cerviferno, Furión, Nicromanto, Laciva, Brutón, o Bramato, entre otros, ausentes en la novela pastoril.

En definitiva, encontramos cierto paralelismo entre la antroponimia caballeresca y la bucólica, pues tampoco hay que olvidar que lo pastoril y lo caballeresco fueron de la mano a lo largo del XVI, como muy bien puede observarse en las representaciones y fiestas cortesanas (Ferrer Valls, 1999) o en la propia vida de los monarcas y su círculo; recuérdese al monarca Felipe II que “viajó de incógnito y disfrazado de pastor para poder contemplar a su futura esposa sin ser reconocido” (Martín Romero, 2009: 563)⁹. En los libros de caballerías del siglo XVI aparecen nombres tales como Claridoro, Floriseo o Florindo, ya señalados por Cravens en *Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías* (1976). El primero en apuntar esta contaminación genérica fue Riley en “A premonition of Pastoral in *Amadís de Gaula*” (1982), donde analiza el episodio de Amadís en la Peña Pobre (Beltenebros); tras él, otros han sido los autores que han seguido esta senda, como Martín Romero (2009) que extiende su análisis de los elementos pastoriles a los libros de caballerías publicados durante el reinado de Felipe II¹⁰. Sin embargo, todavía es preciso ahondar mucho más en este terreno.

La novela bizantina

Las expresiones literarias peninsulares de novela bizantina son posteriores al apogeo de los libros de caballerías y, por tanto, no debe extrañarnos la influencia ejercida por estos últimos (y la novela pastoril) en ellas. Tomaremos como ejemplo el *Clareo y Florisea* (1552) de Alonso Núñez de Reinoso, considerada la primera novela bizantina española. En esta obra hallamos un total de diez mujeres (*Belesinda, Estrellinda, Felesinda, Florisea, Isea, Lacerna, Luciandra, Narcisiana, Perian-dra, y Sagitaria*) y dieciséis hombres (*Altayes, Amete, Arminador, Arquesileo, Belirifonte, Casiano, Clareo, Falanges, Felisindos, Florisindos, Helisandro, Heliseno, Menelao, Penamor, Rosiano y Tesiandro*) cuyos antropónimos no suenan lejanos a los caballerescos. La semejanza antroponímica entre estos nombres y los propios del universo caballeresco es evidente (nada tienen que ver con las *Etiópicas*), ya que emplean los mismos mecanismos de composición nominal y remiten a similares campos semánticos (belleza, luz, amor, claridad, felicidad), a un universo grecolatino.

La novela morisca

La principal característica antroponímica de la novela morisca, como cabe suponer, es la presencia de nombres árabes. Es, de las novelas de este grupo, la más distante a los libros de caballerías; sin embargo, la importancia de la antroponimia árabe y hebrea es indiscutible en algunos libros de caballerías, como sucede por ejemplo con las entregas de Feliciano de Silva del ciclo amadisiano (*Fulurtín, Buruca, Magadén, etc.*).

9. También Fernando el Católico viajó disfrazado de mercader a la pequeña corte de la futura Isabel la Católica, siguiendo la práctica habitual de los libros de caballerías (Baranda, 1996: 163).

10. El objeto de la obra de Martín Romero (2009) no es la onomástica; sin embargo, aporta interesante información antroponímica sobre el *Olivante de Laura* (1564) de Antonio de Torquemada (a partir de los estudios de Muguruza, 1995), y una nota acerca del proceder de Esteban Corbera en *Febo el Troyano* (1576), autor que copia casi literalmente frases, párrafos y capítulos de otras obras y cuya principal novedad es, sin embargo, la transformación de los nombres de los protagonistas.

La novela picaresca

La novela picaresca también ha dado algún fruto en el análisis de la antroponimia, aunque en menor medida que en los casos anteriores, como prueban los trabajos “Onomastic invention in the *Buscón*” de Iventosch (1964), “Onomástica y marginalidad en la picaresca” de Alonso-Hernández (1982), “El nombre propio del pícaro como indicio sintagmático de la narración” de Redondo Goicoechea (1984) o el volumen *La picardía del nombre: Onomástica, literatura, lazarillos* de Messina Fajardo (2008).

En el primero, Iventosch distingue las dos tradiciones a las que se adscribe Quevedo: la agudeza nominal de Gracián que consiste en dar una nueva correspondencia a los nombres, y la proveniencia de muchos de ellos de la lengua de germanía, destacando siempre el carácter humorístico e irónico de la antroponimia picaresca (Romo, Flechillas, el Jayán, etc.). En este sentido, hay que señalar que también ciertos personajes caballerescos podían nutrirse de la lengua de germanía (como ocurre con el gigante Arlote del *Florisando* o Montón del *Amadís de Grecia*) o pasaron a engrosar su vocabulario (así sucede con Gandalín, escudero de Amadís de Gaula).

En “Onomástica y marginalidad en la picaresca”, Alonso-Hernández (1982), además del *Lazarillo* y el *Buscón*, ahonda en la antroponimia de *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes y la *Vida de don Gregorio Guadaña* de Enríquez Gómez. Parte de sus estudios sobre antroponimia germanesca plasmados en su *Introducción al léxico del marginalismo* (1979) y extrae las siguientes características generales compartidas por los nombres de persona en el género picaresco: a) nombres que aluden a la procedencia geográfica (*Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*), b) que indican oficio (*Cortadillo*, *Silbatillo*, *Jeringa*, *Ensalmo*), c) que hacen referencia a características físicas (*Maniferro*, *Cojuelo*, *Mellado*), d) a características raciales o religiosas (*Blandondes de San Pablo*, *Zaide*, *Renegado*), e) nombres ridículos o jocosos (*Cariharta*, *don Peluche*, *Torote*), f) nombres nobiliarios de adopción (adoptan sistemáticamente el *don* o *doña*, acumulan apellidos con resonancias nobiliarias o cambian sus nombres con facilidad, como *Don Gregorio Guadaña*, *don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero* y *Jordán*, o *Pablos*, respectivamente), o g) de tradición folclórica (*Aldonza*, *Roberto el Diablo*). Resulta significativo observar cómo todas estas características eran también propias del género caballeresco, del que la picaresca bebe. Como prueba, el propio nombre y descripción del origen del protagonista del *Lazarillo de Tormes* (Avalle-Arce, 1965), si bien aquí la antroponimia es mucho más cercana a la realidad y claramente humorística.

Finalmente, Redondo Goicoechea, en “El nombre propio del pícaro como indicio sintagmático de la narración” (1984), encuentra en los nombres de los tres pícaros más famosos de la literatura española, *Lázaro* (nombre cristiano que simboliza al pobre por antonomasia, pero también al resucitado), *Guzmán de Alfarache* (dualismo entre el nombre ‘buen hombre’ y el patronímico que simbolizaría el Paraíso perdido) y *Pablos* (nombre desnudo y desarraigado al que se une el apodo generalizador *Buscón*, y un buen número de nombres falsos que se aplica a lo largo de la obra), y sus diminutivos (*Lazarillo*, *Guzmanillo* y *Pablillos*), el “emblema simbólico de las características de los mismos” (p. 233).

En definitiva, puede observarse a lo largo de estos estudios la existencia de una interrelación entre unos géneros literarios y otros, de modo que los libros de caballerías, sus posos, están presentes en la novela picaresca. Encontramos desde la parodia e inversión denominatoria de *Lazarillo de Tormes* o *Guzmán de Alfarache*, que no hacen sino recordarnos a *Amadís de Gaula* y otros tantos caballeros andantes, hasta personajes como el *Jayán* o *Brandalagas*, cuyos nombres tienen

una clara ascendencia caballeresca¹¹. El primer caso (Jayán) responde a un arquetipo (sustantivo que se convirtió en lengua de germanía en sinónimo de ‘rufián’) y el segundo (Brandalagas) remite a los mecanismos de formación onomástica germánica; recordemos a Bradansidel o Brandalisa del *Amadís de Gaula*, formados con el prefijo germánico *branda-* ‘espada’.

En esta relación ha ahondado Avalle-Arce en “Tres comienzos de novela” (1965), donde compara y analiza la evolución del *Amadís* al *Quijote*, pasando por el *Lazarillo* con atención también a sus nombres. Mientras en el *Amadís* lo que se nos presenta es un mundo cerrado y determinista, guiado por la herencia de sangre, y propio del género épico-caballeresco, en el *Lazarillo* encontramos un determinismo semejante pero de signo inverso al caballeresco: Lázaro nace en la ribera del Tormes pero sus padres no tienen nada de elevado como Amadís, arrojado en una caja de madera al río, sino todo lo contrario, ya que es hijo de molinero ladrón y barragana aunque, a pesar de las diferencias, el ciclo vital de Lázaro también es cerrado pues, de tener descendencia, este se repetiría por su determinismo (p. 191). Sin embargo, en el *Quijote* hallamos una vuelta de tuerca más, pues ahora aparece ante nuestros ojos un hidalgo sin linaje que, por su propia voluntad, decide convertirse en caballero y crear con su inventiva su propio universo caballeresco empezando por su nombre mismo, Don Quijote de la Mancha, el de su amada, Dulcinea, y el de su caballo, Rocinante. A pesar de que intenta buscarse unos antecesores célebres, no conocemos apenas nada de este Alonso Quijano. En otro guiño, Cervantes ubicará la acción en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiere acordarse, algo totalmente impensable en un libro de caballerías en el que topónimos y antropónimos aparecen por doquier, a centenares, con gran precisión y rara vez con incongruencias, lo que es indicio de un gran cuidado por parte de los escritores que, muy probablemente, trabajarían con mapas y árboles genealógicos que facilitasen su trabajo. En palabras de Marín Pina:

Los itinerarios son tan largos y complejos, la geografía es tan precisa que, sin duda, los autores trabajan con las cosmografías tradicionales y con la cartografía del momento para trazar tales periplos (...) A la clásica geografía artúrica (Escocia, Bretaña, Gaula) se suma, a partir de los palmerines, la grecoasiática, con eje en Constantinopla, o la de Europa nórdica o septentrional, recreada en los clarianes, con la breve escala en las costas americanas propuesta por el *Belianís*, hasta entonces ausente en la cartografía (Marín Pina, 2011: 43).

Un caso aparte digno de mención es el de la *Lozana andaluza* (Venecia, 1528) de Francisco Delicado, cuya antroponimia ha sido escrupulosamente estudiada por Botta (2000 y 2002). En la primera de las entregas dedicadas a la antroponimia, Botta compara la extensa nómina de personajes, unos 125 (400 contando las citas), con las propias de los libros de caballerías: “número por su vez altísimo y heredero más bien de las muchedumbres que pueblan los *libros de caballerías* que no del Reparto escueto de *La Celestina*” (Botta, 2000: 290). También señala la polionomiasia presente en la obra, pues algunos personajes cambian de nombre o poseen diversos antropónimos, otro rasgo en común con el mundo caballeresco. No debe caer en saco roto que Delicado fue editor del *Amadís de Gaula* y del *Primaleón*, textos que conocería perfectamente, hecho que explica la inclusión, dentro de los nombres de *La lozana* alusivos a la literatura española, de una Oriana para

11. Moreno Villa (1930) y Bouza (1991) registraron la existencia de un enano, de nombre Juan Jayán, en la corte de Felipe II. Quizá otra vía productiva, aún por explorar, en el estudio de la antroponimia caballeresca y la ficcionalización de la que habla Pastoureau, luego analizado, sea el rastreo sistemático de personajes de los círculos cortesanos, nombrados o apodados con antropónimos procedentes de los libros de caballerías.

designar a una de las cortesanas de una ilustración de la cocina; del mismo modo, aparecen varias prostitutas de nombre Ginebra o ladroncillos de nombre Olivero. Sin embargo, en *La Lozana* no asistimos a la presentación de un universo caballeresco sino prostibulario y, por tanto, esta obra difiere de las que nos ocupan: “con la diferencia de que en *La Lozana* el mundo no es caballeresco sino prostibulario, y la gran galería de nombres no son selvas de Florisanes o Palmerines sino de maleantes y prostitutas” (Botta, 2000: 290)¹².

El Quijote

Por último, no podemos obviar la bibliografía de asunto onomástico dedicada al *Quijote* y a otras obras cervantinas. Por supuesto, la inmortal obra de Cervantes cuenta con un repertorio en forma de diccionario de personajes comentados, el *Dictionnaire des noms des personnages du Don Quichotte de Cervantes suivi d'une analyse structurale et linguistique* de Reyre (1980), alguna de cuyas aseveraciones es controvertida, que vino a superar el de Predmore de 1938, *An index to Don Quijote, including proper names and notable matters*, que no atendía al significado de los nombres propios¹³.

Los protagonistas del *Quijote* cervantino, así como el carácter paródico de los nombres que toman como eje los libros de caballerías o el género pastoril, según corresponda, han marcado las dos líneas fundamentales en el análisis de la antroponimia quijotesca¹⁴.

Memorables y fundacionales resultan los estudios de Spitzer, “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*” (1948), y Salinas, “El polvo y los nombres” (1961). Spitzer fue el primero en centrarse en el asunto onomástico, en concreto en la polionomasia (o polietimología), con el fin de conocer la posible motivación psicológica de Cervantes a partir de “la inestabilidad y variedad de los nombres dada a algunos personajes (y la variedad de explicaciones etimológicas de esos mismos nombres)” (p. 135), en una perspectiva que para Spitzer es deliberadamente relativista. Así, variantes como Quijada-Quesada-Quijana para el hidalgo, o Mari Gutiérrez, Teresa Cascajo, Teresa Panza, Teresa Sancha, Juana Panza, Teresaina y Teresona para la mujer de Sancho, solo constituirían algunos ejemplos de este fenómeno completado por las frecuentes etimologías populares de Sancho con “feo Blas” (por Fierabrás) o “Berenjena” (por Cide Hamete Benengeli), por poner solo un par de ejemplos. Por otro lado, destaca la función de las etimologías antiguas y medievales en las que

muy contadas veces son las que podría ofrecer un lingüista moderno, inclinado como está a respetar los procesos de formación corrientes en el lenguaje particular [...], las conexiones etimológicas que ve el etimólogo medieval son relaciones directas establecidas entre palabras vagamente asociadas por su sonido homonímico, no las relaciones establecidas por la gramática histórica o las que se logran por la descomposición de una palabra en sus elementos morfológicos. (Spitzer, 1948: 146).

12. En la segunda parte de su trabajo, Botta (2002) atiende a los mecanismos de formación de estos antropónimos. Botta (2004) todavía ha publicado una tercera entrega dedicada a la toponimia lozanesca. Por su parte, Joset ha dedicado tres trabajos al análisis del nombre de Rampín (1993 y 1996).

13. De otro lado, también habría que acudir a la *Gran Enciclopedia Cervantina* para rastrear todas aquellas informaciones antropónicas que pudiera aportarnos.

14. Riley ha estudiado ese carácter paródico y risible de los antropónimos y títulos de obras de ficción de la literatura barroca española en “Spanish Baroque parody in mock titles and fictional names” (1961-1962).

Y así, se entiende que en casos como la condesa Trifaldi, cuyo nombre Cervantes ha construido a partir de *truffatore*, ‘engañador’, los protagonistas solo vean su cola con tres faldas, lo que no invalida las dos lecturas posibles, dependiendo del grado de competencia de los lectores. También Fine ha dedicado recientemente un trabajo a esa polionomiasia cervantina, “De la polionomiasia a la heteronimia: las vicisitudes del nombre en el *Quijote*” (2009), ateniéndose al principio de motivación de los nombres adoptado como axioma de la escolástica medieval y todavía presente en la obra de Cervantes según el cual *nomina sunt consequentia rerum*.

Por su parte, Salinas se centra en el episodio de los rebaños, aquel en el que el polvo metafórico del que habla este autor llega a “suma significación poética” (Salinas, 1961: 128) al poblarse de nombres. En dicha aventura, Don Quijote divide su discurso en dos partes: en la primera enumera con grandilocuencia los nombres y títulos de los caudillos de ambos bandos, y en la segunda las distintas tropas que los siguen, los soldados anónimos, en un ejercicio de parodia de los combates propios de los libros de caballerías, cuya tradición venía ya de Homero, con nombres y apodosos tan risibles como Brandabarbarán de Boliche, Alifanfarón o Caraculiambro, que no son sino claras muestras de las *aventuras verbales* que llegaron a suponer los nombres de los libros de caballerías (Redondo, 1997: 344).

Iventosch, en “Dulcinea, nombre pastoril” (1963-1964), se ha ocupado del nombre creado por Don Quijote para su amada idealizada, pero también de Aldonza, el que sería su nombre terrenal (recoge también aspectos acerca del origen de Melibeo, y de Camilote). En esta misma línea Lapesa, en “Aldonza-Dulce-Dulcinea” (1967) se dedica a este “nombre, a su parecer [el de Don Quijote], músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto” (*Quijote*, I, cap. 1), y ve su precedente en la pastora Dulcina y el pastor Dulcineo del sexto de *Los diez libros de Fortuna d’Amor* de Lofrasso (Lapesa, 1967: 217). Por su parte, Redondo ha afirmado que si Aldonza “fue nombre llevado por grandes damas en otras épocas, ya había perdido su lustre y había venido a cobrar una tonalidad despectiva: pasaba por tópico de mozas de baja estofa” (Redondo, 1997: 234)¹⁵.

De otro lado, Redondo relaciona las dos figuras centrales con el mundo carnavalesco: Sancho sería un “ser cuaresmal” (p. 37), el gordo y la gula, frente a Don Quijote como “personificación de la Cuaresma, símbolo de abstinencia y maceración” (p. 38), dos principios opuestos y complementarios en los que también son fundamentales sus nombres; así, relaciona Quijada con “desquixarar leones” y Quesada con el queso, sin olvidar sus nombres o sobrenombres, Sancho Panza y el Caballero de la Triste Figura, que evidencian esa contraposición. En su libro *Otra manera de leer el Quijote*, retoma la relación de los nombres de Don Quijote, Sancho Panza y Aldonza-Dulcinea, y añade información acerca de otro antropónimo Ginés (de Pasamonte) que es “en el sistema de representaciones del Siglo de Oro, uno de esos apelativos considerados como típicos de villanos y se aplica especialmente a los campesinos maliciosos, echadores de pullas” (Redondo, 1997: 252), entroncándolo con la picaresca (es evidente la similitud entre su alias Ginesillo de Parapilla y el nombre de los pícaros como Lazarillo). Por su parte, Baras (2005) ha estudiado la relación del nombre de Don Quijote con *quixote*, pieza de la armadura que cubría el muslo, rechazando las tesis eróticas de Johnson (2004).

15. Huerta Calvo, Martín Martínez y Sáez Raposo (2007) han observado cómo el nombre de Aldonza fue común en varios entremeses de la época, como *El alcalde Burguillos* (a. 1640) de Julio de la Torre, *Los coches* (a. 1640) de Quiñones de Benavente o *La reliquia* (a. 1676) de Moreto, además de la cervantina Aldonza de Minjaca de *El juez de los divorcios* que les sirve para emprender dicho estudio.

De carácter más general es el trabajo de Reyre “Los nombres de los personajes de la novela de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*” (2005), donde realiza un repaso por la antroponimia en la obra cervantina partiendo de unas advertencias teóricas previas en las que expone la percepción del nombre propio en el Siglo de Oro basada, especialmente, en el aspecto auditivo. Cervantes presenta dos facetas en su uso onomástico: su adhesión a la teoría adámica del signo y una reinterpretación personal desde la distancia irónica. Tomando en consideración estas premisas, Reyre analiza brevemente el nombre de Rocinante, de Alonso Quijano y sus variantes, de los monstruos, de las damas y doncellas, así como de Sancho y otros rústicos y aldeanos.

Por otro lado, autores como Mancing han indagado en la vertiente paródica del *Quijote*. En “The Comic Function of Chivalric Names in *Don Quijote*” (1973), Mancing analiza la parodia cervantina de la antroponimia caballeresca, y divide su estudio en cuatro categorías: 1) personajes caballerescos históricos, 2) personajes provenientes de la épica y la caballeresca europea (fundamentalmente del Romancero español), 3) personajes sacados de los libros de caballerías españoles, y 4) nombres caballerescos inventados por Cervantes (protagonistas, invenciones de Don Quijote, invenciones de otros personajes, corrupción de antropónimos caballerescos)¹⁶. Al final, ofrece un interesante y útil apéndice con los nombres clasificados por las citadas categorías. Posteriormente, Mancing publicó la obra de conjunto, *The Chivalric World of Don Quijote. Style, Structure, and Narrative Technique* (1982) en la que volvía a hacer hincapié en la cuestión onomástica: “Next are citations of the names of chivalric characters –whether from the romances of chivalry (Amadís de Gaula, Oriana, Belianís de Grecia), from popular tradition and the ballad tradition, the Romancero (Lanzarote, Angélica, Montesinos), or from history (Juan De Merlo, Pedro Barba, Gutierre Quijada)- who serve as Don Quijote’s models and authorities in chivalric matters” (p. 35)¹⁷.

Del mismo modo que sucede con los personajes caballerescos, también hay trabajos dedicados en exclusiva a alguno de ellos, tal es el caso de “La hipóstasis de Armida: Dorotea y Micomicona” de Ruiz Pérez (1995), que analiza la figura de Dorotea y su disfraz de Micomicona como una nueva Armida de la *Jerusalén liberada* de Tasso que arrastra a Reinaldo, en este caso Don Quijote, además de prestar atención al nombre Micomicona que se explicaría por la repetición risible de “mico”, como también hará Redondo (1997: 365 y 429); “Genio y figura de Teresa Panza” de Romero Muñoz (2004), que atiende a las singularidades de la mujer de Sancho; o los trabajos de Montaner Frutos, “Don Sancho de Azpetia, escudero vizcaíno (*Quijote*, I, VIII-IX)” (2004) en el que analiza la problemática y las confusiones surgidas acerca de este apellido a lo largo de la historia de la crítica cervantina, y “Zara/Zoraida y la Cava Rumía: historia, leyenda e invención” (2006), personaje del *Quijote* y *Los baños de Argel* basado en un personaje histórico, la hija de Agimorato de finales del XVI, donde especula acerca de tal antropónimo analizando las distintas hipótesis vertidas: ‘bella’ o ‘brillante, floreciente’, y concluye estableciendo una relación, “a mi juicio, en la hibridación (*Assayidah*) *Zuhrah* (-*Zuhayrah*) + *Zaida* = *Zora* + -*áida* = *Zoraida* desempeña un papel fundamental una Zaida en concreto, aquella que pone en circulación el nombre

16. Parodia, entendida con Riewald como “a humorous and aesthetically satisfying composition in prose or verse, usually written without malice, in which, by means of a rigidly controlled distorsion, the most striking peculiarities of subject matter and a style of a literary work, or autor, or a school or a type of writing, are exaggerated in such a way as to lead to an implicit value judgement of the original” (Riewald, 1966:128-129).

17. En el *Quijote* se hace referencia explícita al *AGr* y al *FNIII*, sin embargo Cervantes conocería perfectamente el *LG* ya que menciona a Lisuarte, Perión y Pintiquinestra (Sales, 2003: 113).

en la literatura romance: la mora Zaida” y el motivo épico de frontera de la *païenne amoureuse* (p. 264); entre otros.

Sin embargo, a pesar de que en el *Quijote* ha recaído la inmensa mayoría de bibliografía sobre antroponimia de la obra cervantina, encontramos algún estudio dedicado a otras de sus obras como el de Colahan, “Towards an Onomastics of Persiles / Periandro and Sigismunda / Auristela” (1994), acerca del *Persiles*, en el que establece como posible fuente de Cervantes la antroponimia propia de la ficción sentimental, así como la novela bizantina *Los amores de Clarea y Florisea* de Núñez de Reinoso, donde aparece una Periandra y una Aurismunda, con los que relaciona a los protagonistas, e incluso con Perseo y Atenea; del mismo modo recoge las tesis de Schevill y Bonilla que conectan el nombre de Persiles con “un grupo de vocablos de análoga forma que tiene su abolengo en la novela caballeresca. Así en el *Amadís* se encuentran Sarquiles, Granfiles, Gastiles, y todos estos nombres parecen haberse formado a imitación del de Aquiles” (p. 22). También Huerta Calvo, Martín Martínez y Sáez Raposo se han ocupado de la antroponimia de los entremeses cervantinos en un trabajo que incluye un índice explicativo de los nombres de los personajes que aparecen en estas pequeñas piezas de Cervantes (2007); y Ferrer-Chivite (1999) de la antroponimia en sus *Novelas ejemplares*.

En definitiva, los trabajos sobre la onomástica en el *Quijote*, la parodia y subversión de la poética caballeresca (y pastoril) que realizó Cervantes, realmente visible en nombres como Alifanfarón, Micomicona, Brandabarbarán o Pandafilando de la Fosca Vista, nos proporcionarán pistas de los mecanismos de formación del nombre arquetípico caballeresco con carácter retroactivo.

El teatro del Siglo de Oro

Junto a la onomástica pastoril, el terreno antroponímico más explorado por la crítica ha sido el del teatro áureo, en especial las comedias de Lope, Calderón y Tirso de Molina, tarea ardua por su ingente producción¹⁸.

Lope y sus comedias han dado lugar a la obra de conjunto *Los nombres de los personajes en las comedias de Lope de Vega: estudio de onomatología* (1961), de Griswold y Tyler, cuyo origen fue “el deseo de averiguar los móviles que el más fecundo de los dramaturgos españoles tuviera para escoger ciertos nombres y apellidos para los personajes creados por su desbordante imaginación” (Griswold y Tyler, 1961: 15). A esta obra de conjunto sobre la onomástica en la comedia lopesca hay que añadir otros estudios, como “The probable sources of certain character names used by Lope de Vega” de Fichter (1962), surgidos tras la estela de este. El estudio de Fichter, más allá de las fuentes que propone para algunos personajes, interesa por alguna de las ideas que aporta: a sabiendas de que Lope solía tomar personajes y argumentos anteriormente existentes, ve necesario el estudio de las figuras históricas que pueden esconderse tras los nombres de personas que tuvieron una existencia real que ha sustituido por otros en sus obras, así como de los efectos en la tradición literaria y popular en la elección de esos nombres.

Por su parte, Calderón de la Barca cuenta con el citado *Diccionario de personajes de Calderón de Huerta y Urzáiz* (2002), un repertorio de los mismos ordenados alfabéticamente. Además, Reyre ha prestado atención al componente hebreo en sus autos sacramentales en *Lo hebreo en los autos*

18. Existe en la Universidad Complutense de Madrid un Seminario de Estudios Teatrales que se viene ocupando del estudio de la onomatología o antroponimia literaria en el género teatral. Hasta el momento ha dado como fruto el *Diccionario de personajes de Calderón* (2002) y el *Diccionario de personajes de Tirso de Molina* (2007).

sacramentales de Calderón (1998), dentro del cual dedica varios capítulos de la segunda parte a la onomástica. En sus autos aparecen antropónimos y topónimos de origen semítico: el contenido semántico de estos NNPP, así como las potencialidades dramáticas de las glosas nominales bíblicas, su parodia y su función como elementos de versificación o elementos dialógicos, la agudeza nominal en el caso de los antropónimos, y la aparición de hebraísmos bíblicos, son algunos de los aspectos que trata.

Por último, también existen varios trabajos sobre la antroponimia en Tirso, como el de Fernández Marcané, *El teatro de Tirso de Molina: estudio de onomatología* (1973), o el de Huerta y Urzáiz, *Diccionario de personajes de Tirso de Molina* (2007) mencionado al comienzo. El primero es una obra destinada a los estudiantes universitarios y concebida como una “guía útil en la clasificación de los personajes de las obras de Tirso de Molina y de las fuentes clásicas de las mismas” (p. 15), que ofrece una clasificación de los personajes de Tirso según los siguientes criterios: nombre, obra, clasificación, función, fuentes y particularidades:

La clasificación va más allá de los personajes pastoriles y alegóricos incluyendo también los mitológicos. Anuncio para próxima edición un estudio de la tradición bíblica (patristica y religiosa) y una indagación sobre los antecedentes árabes, italianos franceses y españoles. Unido lo anterior a los nombres que provienen del sustrato popular o que fueron acuñados por el propio Tirso puede llegarse a descubrir por medio de la onomástica, las directrices esenciales en la obra del gran Mercedario. Nos ocupan, ahora pues, las fuentes clásicas (Fernández Marcané, 1973: 17).

Trabajo que, lamentablemente, no llegó a aparecer, y que deja todavía sin cubrir aspectos tan interesantes como los que proponía. Otros estudios al respecto son los artículos anteriores de Morley, “Character names in Tirso de Molina” (1959), “Character names in some of Tirso’s comedies” de Wade (1968), o, un poco posterior, “De onomástica Tirsiaca: nombres de personajes de ficción” de Gustavino (1975), que rastrean la relación entre personajes literarios de las comedias de Tirso y personas reales, así como el de Redondo, “Reescritura de la historia y problemas textuales, antroponimia y dramatización de los conflictos en la comedia de Tirso de Molina, *Cómo han de ser los amigos*” (2005). Así hace Wade que encuentra paralelos entre aquellos y personas del círculo cortesano en obras como *Desde Toledo a Madrid*, *Don Gil de las Calzas Verdes*, *Marta la piadosa* o *El vergonzoso en palacio*, hecho que se encuadraría dentro de una política de propaganda. También en los libros de caballerías se ha trabajado en esta dirección, aunque desgraciadamente no he hallado nuevos datos para el caso amadisiano que indiquen una posible lectura en clave de algunos personajes más allá de las ya indicadas por Beltrán Pepió (1988) para Leonoreta en la que vio un reflejo de Leonor de Guzmán, o por Esteban Erlés (2007) para Perión de Gaula cuya muerte considera un eco de la del príncipe Juan, vástago de los Reyes Católicos¹⁹.

Estos trabajos, y en especial el de Griswold y Tyler, ayudan a tender nexos de unión y a analizar la repercusión de los libros de caballerías en la producción dramática posterior, así como las posibles relaciones de los textos caballerescos con otros géneros. Así, por ejemplo, el nombre de la mora Celinda aparece registrado en siete comedias de Lope (en doce su masculino Celindo), entre ellas *Las flores de don Juan*, *La fuerza lastimosa* o *La tragedia del rey don Sebastián*, hecho que podría relacionarla con el personaje de Celinda del *Amadís*, aunque su origen en este caso sea breton. Del mismo modo, servirán para tender paralelos entre la caballeresca y la pastoril nombres

19. Muy recientemente, Vilches ha sostenido en su tesis doctoral que el protagonista del *Claridoro de España*, libro de caballerías de finales del XVI, es un trasunto del monarca Felipe II, y ha propuesto una lectura en clave de la obra (2013).

como Clarindo o Floriseo. Sin embargo, también resultaría interesante estudiar el caso de otros personajes que aparecen en comedias de Lope, como los propios del Romancero (Brandimarte, Durandarte, Montesinos, Oliveros, Reinaldos, etc.), o de la artúrica (Merlín, Tristán o Ginebra) aunque también otros caballerescos como Beliano, Briseno, o Florindo. Por ejemplo, como más que probables influencias del ciclo amadisiano, encontramos a dos damas llamadas Brisena, una romana en *Los embustes de Fabia*, y otra en *El rufián Castrucho*, o una Brisena como damaramera en *Las ferias de Madrid*, un Lüsüarte (Lisuarte) como un escritor en *La vengadora de las mujeres*, y otro Lisuarte, caballero francés en *La locura o la honra*, así como alusiones a Gandalín en *El despreciado agradecido*.

Resta por estudiar en profundidad la relación de Lope y Calderón con el género caballeresco, al que citan en varias ocasiones; así Lope en las *Novelas a Marcia Leonarda*, ya alejadas del género teatral²⁰; o Calderón en *La dama duende*, en la que encontramos la mención de varios personajes caballerescos (el criado Manuel llega a preguntar “¿Soy Cosme o Amadís? / ¿Soy Cósmico o Belianís?” (*La dama duende*, 2011, vv. 2607-08).²¹ Todavía queda mucho por decir a este respecto; en este sentido, puede ser de gran utilidad la base de datos de texto completo TESO (Teatro Español del Siglo de Oro), pero no hay tiempo ahora para acometer tan interesante como necesaria empresa.

Gracián

Llegamos al final de nuestro recorrido, Gracián, que tanto aportó a la teorización sobre la formación nominal con sus ideas acerca de la agudeza nominal contenidas en su *Agudeza y arte de ingenio* (1648), pero también en forma de apuntes en otras de sus obras. Si bien este es posterior al *boom* de los libros de caballerías, algunas de sus ideas resultan de capital importancia para la comprensión de la antroponimia caballeresca. Él mismo creó nombres similares a los de la tradición caballeresca²².

Su sistema antroponímico ha sido estudiado por autores como Iventosch (1961), Spitzer (1991) o Ridruejo Alonso (1986). A pesar de presentar “una fisonomía menos inhabitual que la de otros inventados literariamente (por ejemplo en los Libros de Caballerías)” (Ridruejo Alonso, 1986: 290), sí es cierto que los antropónimos gracianescos comparten características compositivas y semánticas con los caballerescos y con los pertenecientes a otros géneros del *romance*, como ellos “en alguna ocasión los nombres asumen la forma de nombres reales de persona (Honoría, Artemia); en otros casos se construyen mediante derivativos frecuentes en antropónimos de origen latino, helénico o germánico: Falimundo, coincidente con Veremundo o Sigismundo,

20. En *Las fortunas de Diana*, el relato que abre las *Novelas a Marcia Leonarda*, Lope advierte a su lectora que en “tiempo menos discreto que el de ahora, aunque de más hombres sabios, llamaban a las novelas cuentos. Estos se sabían de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos; porque se reducían sus fábulas a una manera de libros que parecían historias, y se llamaban en lenguaje puro castellano caballerías” (*Novelas a Marcia Leonarda*, 1968: 27). Agradezco a M.ª Marín Pina el regalo de un soneto de Lope (“A un perro que mordía á quien tomaba la mano á su ama”, soneto LI) inserto en el poemario *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* (1634) en que el amante (un Amadís) se compara con un perro (“O sois perro, Amadis, ó sois encanto”).

21. Incluso en su adaptación de la obra al francés, d’Ouville convirtió el personaje de Manuel en Florestán (Armas, 1999).

22. Como señala Egido (2009), “la fuerza de los nombres en Gracián fue inmensa (...) la tradición homérica y agustiniana de la alegorización nominal en el jesuita, sin olvidar la conexión de Critilo con el Cratilo platónico, por no hablar del Cratilo que aparece en *El Persiles*” (Egido, intro. *Criticón*, 2009, vol. 3: CLVI).

Falsirena, como Elena (...); Hipocondría, Felisinda, como Belinda o Florinda; Andrenio, como Eugenio, Critilo, como Cirilo, etc.” (Ridruejo Alonso, 1986: 289-290)²³.

A veces, Gracián mismo explicita la motivación onomástica, como sucedía en los libros de caballerías, si bien él se funda en conceptos de orden moral y en el género caballeresco los autores combinan estos con las cuestiones físicas: “Començó por los nombres de ambos, proponiéndole el suyo, que era el de Critilo, y imponiéndole a él el de Andrenio, que llenaron bien, el uno en lo juizioso, y el otro en lo humano” (*Criticón*, I, Crisi 1, *apud.* Ridruejo Alonso, 1986: pp. 288-289). Compárese ahora, por ejemplo, con el archiconocido caso de Tristán y las palabras de su madre Blancaflor tras el parto: “Triste te he traído al mundo, triste es la primera fiesta que puedo hacerte, por ti siento tristeza de morir. Y como has llegado al mundo en medio de la tristeza, tu nombre será Tristán” (*Tristán e Iseo*, *apud.* Marín Pina, 1990: p. 168), con el de Florestán en el *Amadís* por haber nacido en una floresta o el de Urganda la Desconocida por transformarse. Para Gracia (1991) “la atribución de nombres relativos a las circunstancias del nacimiento que aparece en numerosas obras medievales, normalmente en personajes en cuya infancia han sido abandonados o expuestos, subraya la condición heroica de los mismos, pues va en contra de la costumbre medieval de dar como nombre a los miembros nuevos de la familia uno que hubiera pertenecido ya a algún antepasado del lado paterno o materno” (Gracia, 1991: 86).

Por último, no hay que olvidar que, a pesar de sus críticas a los libros de caballerías, a los que calificó de “trastos viejos” en el *Criticón*, Gracián los había leído y los conocía muy bien, y muchos de los nombres y de las intrigas o aventuras que aparecen en sus obras parecen sacados de las del *romance*. Así lo reconoce Matheu y Sanz en *Crítica de reflexión* (1657) en el Discurso II (“En que se propone el medio y empieza el examen de las buenas letras”), libelo contra Gracián, en el que el jurista valenciano critica al bilbilitano la utilización en su obra de tópicos caballerescos procedentes del género que tanto había rechazado:

Por trasto viejo de las tiendas –no boticas, que éstas son sólo aquellas que, llenas de aromas preciosos, ministran fármacos a los dolientes- de barberos condenas los libros de caballerías, cuando les imitas en las descripciones de castillos encantados; aventuras de las encrucijadas; batallas de fieras, monstruos y gigantes; conversaciones con enanos; desencantamientos de infantas y princesas y hallazgos de fuentes de raras virtudes, hasta llegar a llamar a los peregrinos del mundo, andantes de la vida. Los fines de las crisis son imitación de los Amadis y Esplandianes, pues, cuando más engolfado en la narración, la dejas en calma, diciendo que lo ha de decir la crisi siguiente. Demás que lo intrincado de los razonamientos, el jugar de los vocablos también les imita, pues dices: bulla del valle, brega de la vega (...) y otras semejantes que apenas se distinguen de las que acabaron con el juicio de don Quijote (Gorsse y Jammes, 1988: 107-108).

A lo que responde y se defiende Peregrino, tras el que se escondería Gracián, que creyó “haber acertado la disposición, y parece que no me engaño, pues, dividiéndole en discursos pequeños, fatiga menos la atención del que lee. El rozarse en el modo es uniformidad y el jugar del vocablo sentenciosa agudeza, sin haber imitado los libros de caballerías, pues no me contento de condenarles, sino que a los mismos que les persiguen les motejo diciendo que sacan del mundo una necedad con otra mayor” (Gorsse y James, 1988: 108). Estas aserciones no hacen sino

23. La relación de la obra (*Criticón*) con los libros de caballerías y la necesidad de profundizar en ella, así como con la de los libros de caballerías a lo divino, ya fue apuntada por Ricardo Senabre (2001).

evidenciar la presencia y el conocimiento de la poética caballeresca, incluida la antroponimia, en la obra del aragonés Gracián.

Conclusiones

Este breve recorrido por los principales estudios antroponímicos de la literatura medieval y áurea, y sus paralelismos y divergencias con la antroponimia caballeresca, nos lleva a considerar la mezcla de diversas tradiciones en el proceso creativo de los autores. No podemos separar la antroponimia de cada uno de los géneros en compartimentos estancos, puesto que unos beben de otros y conforman un sistema de gran riqueza, uno de cuyos principales ejemplos es el de la antroponimia caballeresca, infravalorada por Iventosch (1975).

La antroponimia caballeresca parece distanciarse de la propia de la lírica popular y el Romanero para dirigirse por terrenos más exóticos y extravagantes, a la altura de los personajes elevados y singulares que portan dichos nombres. Sin embargo, y a pesar de alejarse de la antroponimia de corte más realista, presenta importantes conexiones con el sistema denominatorio de la novela picaresca. De otro lado, sus paralelismos y puntos en común con las manifestaciones literarias del *romance*, fundamentalmente con la novela sentimental y con la novela pastoril, son incuestionables, hasta el punto de proporcionar una serie de ecos o referencias en una y otra dirección, algunos de los cuales hemos podido constatar, pero de los que queda mucho por decir todavía; figura clave en este sentido resulta Feliciano de Silva, amigo de la mixtura genérica.

Las posibilidades de la antroponimia caballeresca se extienden al teatro áureo, autores como Lope, Calderón o Tirso tomaron personajes caballerescos para adecuarlos a sus tramas, o simplemente se valieron de sus nombres a sabiendas de que el lector todavía podía establecer una serie de conexiones semánticas con el personaje originario. Este juego de idas y venidas concluye con la excelente parodia cervantina en el *Quijote*, que supo leer la verdadera esencia de la antroponimia caballeresca para volcarla en moldes humorísticos. Finalmente, Gracián todavía nos ayuda a comprender mejor el porqué de esa antroponimia tan característica que supo labrarse un hueco en el proceder literario de los autores de una época que seguían la máxima del *nomina sunt consequentia rerum*, es decir, los nombres son las consecuencias de las cosas.

Bibliografía

- AEBISCHER, P. (1953), "Un cas du couple Roland-Olivier dans una charte de San Cugat del Vallés", *Boletín de la Real Academia de Barcelona* 25, pp. 165-170.
- _____ (1955-1956), "L'entrée de Roland et d'Olivier dans le vocabulaire onomastique de la Marca Hispánica d'après le *Liber Feudorum Maior* et d'autres recueils de chartes catalanes et françaises", *Estudis Romànics* 5, pp. 55-76.
- AGUIRRE, J. M. (1981), "El nombre propio como fórmula oral en el *Cantar de Mío Cid*", *La Corónica* 9.2, pp. 107-119.
- ALBERTOS, M. L. (1960), "La antroponimia hispánica y 'La composición en los nombres personales galos' según K. H. Schmidt", *Emérita* 28, pp. 285-308.
- _____ (1964), "Nuevos antropónimos hispánicos", *Emérita* 32, pp. 219, *Emérita* 40, pp. 1-29 y 287-318.

- ALCINA FRANCH, Juan ed. (1971), *Romancero antiguo 2. Romances amorosos*, Barcelona, Editorial Juventud.
- ALLAIGRE, C. (1988), "Les lauriers d'Apollon (Fable, mythe et exemplarité dans les traités d'amour de Diego de San Pedro)", en *Mélanges offerts à Maurice Molho*, ed. J. C. Chevalier y M. F. Delport, París, Editions Hispaniques, I, pp. 9-25.
- ALONSO-HERNÁNDEZ, José Luis (1979), *El lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII, la Germania (Introducción al léxico del marginalismo)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- _____ (1982), "Onomástica y marginalidad en la picaresca", *Imprévue* 1, pp. 203-233.
- ALTAMIRANO, Magdalena (2007), "Los antropónimos en las canciones populares", en *Los bienes, si no son comunicados, no son bienes. Diez jornadas medievales. Conmemoración Concepción Company, Aurelio González y Lillian von der Walde*, eds. Axayáatl Campos García Rojas, Mariana Maserá y María Teresa Miajas, México, Universidad Autónoma de México, pp. 15-32.
- ARMAS, Frederick A. de (1999), "¿Es dama o es torbellino?: La Dama duende en Francia de d'Ouille a Hauteroche", en *La comedia española y el Teatro Europeo del siglo XVII*, eds. Henry W. Sullivan, Raúl A. Galoppe y Mahlon L. Stoutz, Londres, Tamesis Books, pp. 82-100.
- AUBRUN, Ch. V. (1958), "Gaiferos, Calainos, Almenique et autres noms bizarres du romancero", *Misc. Mons. Higinio Anglés I*, Barcelona, pp. 71-78.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1965), "Tres comienzos de novela", *Papeles de Son Armadans* 110, pp. 181-214.
- _____ (1990), *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BARANDA, Nieves (1996), "La lucha por la supervivencia. Las postrimerías del género caballeresco", *Voz y Letra* 7.2, pp. 159-178.
- BARAS ESCOLÁ, Alfredo (2005), "Sobre los quijotes de don Quijote", *Cervantes* 25.1, pp. 159-163.
- BARET, E. (1873), *De l'Amadís de Gaula, et de son influence sur les moeurs et sur la littérature au XVIe et au XVIIe siècle*, París, Firmin-Didot.
- BELTRÁN PEPIÓ, Vicente (1988), "La Leonoreta del Amadís", en *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Santiago de Compostela, 2-6 diciembre de 1985*, ed. V. Beltrán, Barcelona, PPU, pp. 187-197.
- BLAY MANZANERA, V., "Etimología y retórica del nombre propio en la ficción sentimental española de los siglos XV y XVI". En prensa.
- BOTTA, Patrizia (2000), "Onomástica lozanesca (Antropónimos, 1)", en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid, 6-11 de julio de 1998*, eds. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Madrid, Castalia, I, pp. 289-300.
- _____ (2002), "Onomástica lozanesca (Antropónimos, 2)", en *Morada de las palabras: homenaje a Luce y Mercedes López-Baralt*, ed. William Mejías, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, pp. 214-227.
- _____ (2003), "Onomástica y crítica textual: peripecias de los nombres propios en la historia textual de *La Celestina*", *Criticón* 87-89, pp. 97-111.
- _____ (2004), "Onomástica lozanesca (Topónimos, 3)", en *Caminería Hispánica. Actas del VI Congreso Internacional (L'Aquila-Madrid, 18-28 junio de 2002)*, ed. M. Criado de Val, Madrid, Cedex, II, pp. 887-904.
- BOUZA, Fernando J. (1991), *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, Madrid, Temas de Hoy.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (2011), *La dama duende*, ed. Jesús Pérez Magallón, Madrid, Cátedra.
- CARRASCO URGOITI, M.^a Soledad, Francisco LÓPEZ ESTRADA y Félix CARRASCO (2001), *La novela española en el siglo XVI*, Madrid, Iberoamericana & Vervuert.
- CHERCHI, Paolo (1997), "Onomástica celestinesca y la tragedia del saber inútil", en *Cinco siglos de Celestina: aportaciones interpretativas*, coords. José Luis Canet y Rafael Beltrán, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 77-90.
- CODURAS BRUNA, María (2009), "Listas y libros de caballerías: una nómina de cruzados de las *Sergas de Esplandián* en el *Lisuarte de Grecia*", *Tirant* 12, pp. 59-70.

- _____ (2013), *La antroponimia en los libros de caballerías españoles: el ciclo amadisiano*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Zaragoza.
- COLAHAN, Clark (1994), "Towards an Onomastics of Persiles / Periandro and Sigismunda / Auristela", *Cervantes* 14.1, pp. 14-40.
- CORREAS, Gonzalo (2000), *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. Louis Combet, Madrid, Castalia.
- COSTARELLI, Rafael Ernesto (2012), "Antroponimia en la antigua lírica popular hispánica (siglos xv a xvii). Notas para un cancionero basado en los nombres", *Lemir* 16, pp. 161-270.
- CRAVENS, Sydney P. (1976), *Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías*, Chapel Hill, Estudios de Hispanófila.
- CUESTA TORRE, María Luzdivina (1997), "Tristán en la poesía medieval peninsular", *Revista de Literatura Medieval* 9, pp. 121-143.
- _____ (1999), "Personajes artúricos en la poesía de cancionero", en *Estudios sobre poesía de cancionero*, eds. C. Parrilla, J. I. Pérez Pascual, Noia, Toxoutos, pp. 71-112.
- DEYERMOND, Alan (1986), "Las relaciones genéricas de la ficción sentimental", en *Symposium in honorem Prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Universitat & Quaderns Crema, pp. 75-92.
- _____ (1991), *Historia y crítica de la literatura española, 1/1: Edad Media. Primer Suplemento*, Barcelona, Crítica.
- DI STEFANO, Giuseppe ed. (1993), *Romancero*, Madrid, Taurus.
- EGIDO, Aurora ed. (2009), *El Criticón*, 3 vols., Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- ESTEBAN ERLÉS, Patricia (2007), "La muerte de dos jóvenes herederos: de Juan, príncipe de las Españas, a Perión de Gaula", en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Universidad de León, 20-24 de septiembre de 2005)*, vol. 1, eds. Armando López Castro y Luzdivina Cuesta Torre, León, Universidad de León, pp. 523-532.
- FERNÁNDEZ MARCANÉ, L. (1973), *El teatro de Tirso de Molina: estudio de onomatología*, Madrid.
- FERRER CHIVITE, Manuel (1999), "La antroponimia formal en las *Novelas ejemplares*", *Anales Cervantinos* 35, pp. 165-174.
- FERRER VALLS, Teresa (1999), "Bucolismo y teatralidad cortesana bajo el reinado de Felipe II", *Voz y letra* 10, pp. 3-18.
- FICHTER, W. L. (1962), "The probable sources of certain character names used by Lope de Vega", *Hispanic Review* 30, pp. 267-274.
- FINE, Ruth (2009), "De la polinomasia a la heteronimia: las vicisitudes del nombre en el *Quijote*", en *El ingenioso hidalgo: estudios en homenaje a Anthony Close*, ed. Rodrigo Cacho Casal, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 113-126.
- FRENK, Margit (2003), *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA BLANCO, M. (1934), "Sobre los nombres épicos", *Revista de Filología Española*, 21, pp. 279-281.
- GAYANGOS, Pascual de (1874), *Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800*, Madrid, Rivadeneyra.
- GÉAL, François (2005), "Contribución a una semiología de los personajes. Algunas consideraciones onomásticas acerca de *Los siete libros de la Diana Montemayor*", en «*Por discreto y por amigo*». *Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, eds. Christophe Couderc y Benoît Pellistrandi, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 411-429.
- GORSSE, Odette y Robert JAMMES (1988), "La *Crítica de Reflexión* de Lorenzo Matheu y Sanz. Edición, índice y notas", *Criticón* 43, pp. 73-188.
- GRACIA, Paloma (1991), *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos.
- GRISWOLD, S. y Richard W. TYLER (1961), *Los nombres de personajes en las comedias de Lope de Vega: estudio de onomatología*, 2 vols., Madrid, Castalia.

- GUSTAVINO, Gustavo (1975), "De onomástica Tirsiana: nombres de personajes de ficción", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 78.1, pp. 212-283.
- HERRERO Y RUBIRA, A. (2009), *Diccionario universal francés y español: más copioso de quantos hasta ahora se han visto* (1743), ed. Juan de Buitrago, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- HINKLE, D. P. (1968), "Onomastics and the *Book of Good Love*", *Names* 16, pp. 27-42.
- HOOK, D. (1996), "Esbozo de un catálogo cumulativo de los nombres artúricos peninsulares anteriores a 1300", *Atalaya* 7, pp.135-152.
- _____ (1993), "Further Onomastic Footnotes for the *Libro de buen amor*", *Forum for Modern Language Studies* 29.2, pp. 156-164.
- _____ (1996), "Roland in the medieval Spanish epic", en *Roland and Charlemagne in Europe: essays on the reception and transformation of a legend*, Londres, King's College London, pp. 83-103.
- HUERTA, Javier y Héctor Urzáiz, coords. (2002), *Diccionario de personajes de Calderón*, Madrid, Pliegos.
- _____ (2007), *Diccionario de personajes de Tirso de Molina*, Madrid, Pliegos.
- HUERTA CALVO, Javier, Rafael MARTÍN MARTÍNEZ y Francisco SÁEZ RAPOSO (2007), "Onomástica entremesil cervantina (índice explicativo de personajes)", en *Cervantes y el mundo del teatro*, coord. Héctor Brioso Santos, Kassel, Reichenberger, pp. 273-316.
- IMPEY, Olga T. (1997), "Apuntes sobre la onomástica de la *Cárcel de amor*", en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)*, coord. José Manuel Lucía Megías, 2, Alcalá de Henares, pp. 829-839.
- IGLESIAS OVEJERO, Ángel (1984), "Figuración proverbial y nivelación en los nombres propios del refranero antiguo: figuras vulgarizadas del registro culto", *Criticón* 28, pp. 5-95.
- _____ (1986a) "Figuración proverbial o inversión en los nombres propios del refranero antiguo: figuras populares", *Criticón* 35, pp. 5-98.
- _____ (1986b), "El estatuto del nombre proverbial en el refranero antiguo", *Revista de Filología Románica* 4, pp. 11-50.
- _____ (1999), "La proverbialidad del nombre propio en las figuras del refranero", *Paremia* 8, pp. 279-288.
- IVENTOSCH, Herman (1961), "Moral-Allegorical Names in Gracián's *Criticón*", *Names* 9, pp. 215-233.
- _____ (1961-1962), "Spanish Baroque parody in mock titles and fictional names", *Romance Philology* 15, pp. 29-39.
- _____ (1962), "Spanish Pastoral Names in the Renaissance", *Names* 10, pp. 108-114.
- _____ (1963-1964), "Dulcinea, nombre pastoril", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 17, pp. 60-81.
- _____ (1964), "Onomastic invention in the *Buscón*", *Hispanic Review* 29, pp. 15-32.
- _____ (1975), *Los nombres bucólicos en Sannazaro y la pastoral española: ensayo sobre el sentido de la bucólica en el Renacimiento*, Valencia, Castalia.
- JOHNSON, Carroll B. (2004), "Dressing Don Quijote: of Quixotes and Quixotes", *Cervantes* 24.1, pp. 11-21.
- LAPESA, Rafael (1967), "Aldonza-Dulce-Dulcinea", en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, pp. 212-218.
- MANCING, Howard (1973), "The Comic Function of Chivalric Names in *Don Quijote*", *Names* 21, pp. 220-235.
- _____ (1982), *The Chivalric World of Don Quijote. Style, Structure, and Narrative Technique*, Columbia, University of Missouri Press.
- MARÍN PINA, M^a del Carmen (1990), "El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías españoles", *Tropelías*, 1, pp.165-175.
- _____ (2011), *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- MARTÍN ROMERO, José Julio (2009), "La temática pastoril en los libros de caballerías de la época de Felipe II", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 57.2, pp. 563-605.

- MONTANER FRUTOS, Alberto (2004), "Don Sancho de Azpetia, escudero vizcaíno (*Quijote*, I, VIII-IX)", *Emblemata* 10, pp. 215-332.
- _____ (2006), "Zara/Zoraida y la Cava Rumía: historia, leyenda e invención", en *De Cervantes y el islam*, eds. Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeña Grimau, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales, pp. 247-280.
- _____ "Romance frente a novela: una dicotomía inoperante". En prensa.
- MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH, Luis (1921-1922), *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas*, Sevilla, Tip. Gironés.
- MORENO VILLA, José (1930), *Locos, enanos, negros y niños palaciegos: gente de placer que tuvieron los Austrias en la Corte española desde 1563 a 1700*, México, Presencia.
- MORLEY, S. G. (1959), "Character names in Tirso de Molina", *Hispanic Review* 27, pp. 222-227.
- PLACE, Edwin B., ed. (1959-69/1971), *Amadís de Gaula*, Madrid, CSIC, 4 vols.
- PREDMORE, R. L. (1970), *An index to Don Quijote, including proper names and notable matters*, Nueva York, Klaus Reprint.
- RAMÍREZ CASTAÑÓN, Montserrat (2010), "Antroponimia femenina en la antigua lírica popular hispánica", en *Expresiones de la cultura y el pensamiento medievales*, eds. Lilian von der Walde Moheno, Concepción Company y Aurelio González, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad Autónoma Metropolitana, Publicaciones de Medievalia, 37, pp. 249-269.
- REDONDO, Agustín (1997), *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid, Castalia.
- _____ (2005), "Reescritura de la historia y problemas textuales, antroponimia y dramatización de los conflictos en la comedia de Tirso de Molina, *Cómo han de ser los amigos*", en *Dejar hablar a los textos: homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 1297-1316.
- REDONDO GOICOECHEA, Alicia (1984), "El nombre propio del pícaro como indicio sintagmático de la narración", *Dicenda* 3, pp. 233-238.
- REY HAZAS, Antonio (1982), "Introducción a la novela del Siglo de Oro I (Formas de narrativa idealista)", *Edad de Oro* 1, pp. 65-105.
- REYRE, Dominique (1980), *Dictionnaire des noms des personnages du Don Quichotte de Cervantes suivi d'une analyse structurale et linguistique*, Paris, Editions Hispaniques.
- _____ (1998), *Lo hebreo en los autos sacramentales de Calderón de la Barca*, Kassel, Reichenberger.
- _____ (2005), "Los nombres de los personajes de la novela de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*", *Príncipe de Viana*, 66, 236, pp. 727-742.
- RIDRUEJO ALONSO, Emilio (1986), "El nombre propio connotativo en el *Criticón*", en *Gracián y su época: actas de la I reunión reunión de filólogos aragoneses: ponencias y comunicaciones*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 285-294.
- RIEWALD, J. E. (1966), "Parody as Criticism", *Neophilologus* 50, pp. 125-133.
- RILEY, E.C. (1982), "A premonition of Pastoral in *Amadís de Gaula*", *Bulletin of Hispanic Studies*, 59, pp. 226-229.
- _____ (1988), "Género y contragénero novelescos", en *Literatura en la época del emperador*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 197-208.
- _____ (1990), *Introducción al Quijote*, Barcelona, Crítica.
- RIQUER, Martín de (1953), "Bavioca, caballo del Cid y Bauçan, caballo de Guillaume d'Orange", *Boletín de la Real Academia de Barcelona* 25, pp. 127-144.
- _____ (1987), "Agora lo veredes, dixo Agrajes", en *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, Barcelona, Sirmio, pp. 7-53.
- ROMERO MUÑOZ, C. (2004), "Genio y figura de Teresa Panza", en *Peregrinamente peregrinos*, ed. A. Villar Lecumberri, Palma de Mallorca, Universidad de Mallorca, pp. 103-147.
- ROSELLINI, A. (1958), "Onomastica epica francese in Italia nel medioevo", *Romania* 79, pp. 253-267.
- RUIZ PÉREZ, P. (1995), "Las hipóstasis de Armida: Dorotea y Micomicona", *Cervantes* 15. 1, pp. 147-163.

- SALES DASÍ, Emilio (2003), "Feliciano de Silva como precursor cervantino: el sermón de Fraudador", *Voz y letra* 14.2, pp. 99-114
- SALINAS, Pedro (1961), "El polvo y los nombres", en *Ensayos de literatura hispánica*, ed. Juan Marichal, Madrid, Aguilar, pp. 127-142.
- SENBRE, Ricardo (2001), "El Criticón: narración y alegoría", *Trébede* 46, pp. 51-54.
- SILVA, Feliciano de (2004), *Amadís de Grecia*, eds. Ana Carmen Bueno Serrano y Carmen Laspuertas Sarvisé, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- SPITZER, Leo (1948), "Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*", en *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, pp.135-187.
- _____ (1991), "Los nombres propios en Gracián", *Cuaderno gris* 3, pp. 31-37.
- TIBAU, José Clara (1992), "Antroponimia española derivada de los cantares de gesta franceses", en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua española*, coord. Manuel Ariza Viguera, Pabellón de España, vol. 2, pp. 949-954.
- VASVARI, Louise O. (1988), "Vegetal-genital onomastics in the *Libro de Buen Amor*", *Romance Philology* 42, pp. 1-29.
- _____ (1995), "Múltiple transparencia semántica de los nombres de la alcahueta en el *Libro del Arcipreste*", en *Medioevo y Literatura. Actas del Quinto Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 1993)*, ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, IV, pp. 453-463.
- _____ (2012), "Juan Ruiz, Arcipreste de Hita" as Textual Author and Onomastic Pun", en *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita y el "Libro de buen amor". Congreso homenaje a Alan Deyermond*, eds. Francisco Toro Ceballos, Louise Haywood, Francisco Bautista y Geraldine Coates, Alcalá la Real, Ayuntamiento de Alcalá la Real, Área de Cultura, 2008, pp. 371-391.
- VEGA, Lope de (1968), *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. Francisco Rico, Madrid, Alianza Editorial.
- VILCHES FERNÁNDEZ, Rocío (2013), *Edición y estudio de Historia caballeresca de don Claridoro de España, libro de caballerías manuscrito inédito*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Alcalá.
- VON RICHTHOFEN, E. (1981), *Sincretismo literario. Algunos ejemplos medievales y renacentistas*, Madrid, Alhambra.
- WADE, Gerald E. (1968), "Character names in some of Tirso's comedies", *Hispanic Review* 36, pp. 1-34.

Recursos en línea

Base de datos Clarisel: <<http://clarisel.unizar.es>>

